

El Palacio de Aldama

Por el Arq. J. M. Bens Arrarte

ESTE bello y valioso palacio habanero se empezó a construir en el 1840 por D. Domingo Aldama y Aréchaga, padre del que fué preclaro patricio D. Miguel Aldama, que consagró su vida y su fortuna a la causa de la independencia de Cuba. Se sabe que influyó con sus consejos para la selección de estilo y formas de construcción su yerno, el notable escritor cubano de la pasada centuria, Domingo del Monte. La participación de Del Monte en la obra ha sido aclarada sin lugar a dudas por el historiador José Manuel de Ximeno, en un artículo que envió al semanario "El Siglo" (octubre 10 de 1945), del cual reproducimos el siguiente párrafo:

"En una carta de fecha 25 de octubre de 1838, publicada por Domingo Figuerola Ceneda en la Revista de la Biblioteca Nacional, tomo 4, página 88, Domingo del Monte decía al Marqués de Montelo: "Para esto nuestro padre político ha comprado solares en el mejor punto del Campo de Marte, y piensa hacer una casita de sencilla y elegante arquitectura, que si la hace por los planos que yo le he proporcionado, será la mejor, la única de La Habana, en que se vean siquiera intenciones y barruntos de respeto y amor a las bellezas del arte"; y más adelante, página 97: "El negocio de la casa de nuestro suegro se ha emborrinado con una Real Orden fresquita que prohíbe fabricar extramuros. El Plan de mi amigo el Ingeniero ha sufrido modificaciones por su costo; todavía no se ha conseguido la licencia"; y en la página 98: "nuestros suegros están en el campo buenos y contentos, salvo la incomodidad de no poder

fabricar porque una Real Orden se lo prohíbe de nuevo, ¡400,000 pesos tirados a la calle!"

Los solares que adquirió Aldama, paralelos al Campo de Marte, le aseguraron una situación privilegiada y la perspectiva que aquellos espacios abiertos conservarían, ya que ninguna otra construcción se le podía levantar en frente.

Coincidían por esos años los esfuerzos que diversas instituciones de La Habana realizaban cerca del gobierno de Madrid para la demolición de las Murallas y unificar los dos pedazos de ciudad de intramuros y extramuros, lo cual hasta el año 1864 no se autorizó; pero antes de esa fecha ya se habían estudiado diversos proyectos para darles utilización a los terrenos por ellas ocupados. El edificio que levantaría don Domingo Aldama iba a ser la joya de extramuros y la más artística construcción que se hizo en la ciudad en el siglo XIX. Suponemos que se debió a gestiones de Aldama o de sus amigos, pero es el caso que al año de haber comenzado las obras, en el 1841, el Ayuntamiento de La Habana solicitaba autorización de la metrópoli para el derribo de las Murallas.

La prohibición de fabricar en los espacios de las zonas militares era la resultante de la necesidad de tener libres los fuegos de las fortificaciones y evitar que en caso de ataque el enemigo encontrase obras de defensa donde guarecerse; estas zonas parece se quisieron mantener después que el gobernador Tacon construyó el Campo Militar y esa fué la razón por la cual se le denegó de primer

2
106
momento a Aldama la licencia, pero ya estaba construido el edificio de la Cárcel frente al Baluarte de la Punta. (1)

El estilo arquitectónico que predominaba entonces en las principales construcciones era el neoclásico, y casi podemos decir que este periodo del Post-renacimiento, que no sólo fué habanero sino español y europeo, pues llegó hasta Rusia, empezó entre nosotros cuando el obispo Espada ordenó cambiar los altares barrocos que tenía la Catedral por los que aun existen en estilo neoclásico.

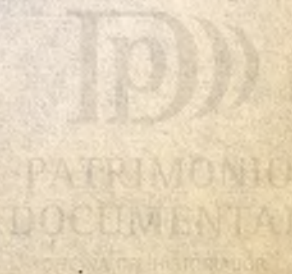
Funcionó por aquel tiempo en el 1848 una Escuela de Arquitectura bajo los auspicios de la Sociedad Económica de Amigos del País, y en la cual figuraban como profesores cinco graduados de San Fernando de Madrid. En esa escuela se cursaban dos años de estudios preparatorios y los alumnos que demostraban condiciones eran becados por los ayuntamientos de la isla, y pasaban a terminar y completar su formación a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

El Arq. Leonardo Morales, en un notable estudio que hizo sobre el Palacio de Aldama, publicado en junio de 1926 (vól. III de la revista "El Arquitecto", que fundó y dirigió durante varios años el compañero Luis Bay Sevilla), estudio este que contiene a su vez un juicio crítico sobre las construcciones residenciales, nos dice: "Un cuarto de siglo hemos tenido de arquitectura después de la República, pero seguramente pasarán otros cinco lustros antes que nuestra cultura produzca un palacio particular de la magnitud y belleza del Palacio Aldama. Los arquitectos actuales tienen la capacidad para concebir una obra semejante, y nuestros capitalistas tienen los medios suficientes para ejecutar obra de tal magnitud. Sin embargo, ambos carecen del refinamiento, exquisito necesario para saber gozar de una belleza que sólo depende de la sencillez y la grandeza.

"Las líneas del Palacio Aldama tienen la sencillez y la pureza clásica de los palacios del Renacimiento en Roma. Y también como en estos su belleza depende tan sólo de sus proporciones admirablemente estudiadas. De su magnitud baste decir que cien comensales podían cómodamente asistir a un banquete en su comedor. Ninguna de estas condiciones reúnen las magníficas residencias del Vedado".

Félix Lizaso, otro de nuestros indiscutidos valores, escritor de grandes vuelos y prosista sin par, cuya generosa pluma sólo defiende causas nobles, en un artículo publicado en "El Mundo" (septiembre 27 del pasado año), aumentó la información que hoy se tiene sobre dicho Palacio con sus investigaciones en el Archivo Nacional, donde encontró el Expediente de la solicitud del permiso hecha por don Domingo Aldama el 2 de enero de 1840 para "fabricar dos casas en un terreno de su propiedad sito al frente occidental del Campo de Marte y entre la Calzada de San Luis Gonzaga y la calle de La Estrella". "Esta solicitud fué rápidamente tramitada y el día 22 del mismo mes se le concedió la necesaria licencia, con recomendación de que, por presentar su frente al Campo Militar, paraje de gran perspectiva, sean del mayor mérito los edificios que allí se establezcan".

Este dato valiosísimo que nos descubre Lizaso con la respuesta de la autoridades técnicas, exigiendo sean obras de gran mérito las que allí se construyan, habla muy a las claras del momento cultural que se vivía en La Habana. Dos años antes, en el 1838, había terminado el gobierno del general Tacón, que en el orden constructivo se destacó como uno



de los períodos de mayor progreso urbanístico de la ciudad; ésta se enjoyaba con tres fuentes monumentales: la de la India, la de los Leones, y la de Neptuno; la Plaza de Armas se reconstruyó al colocarse en su centro la estatua de Fernando VII; los terrenos cedidos para el Campo Militar en el 1835, se reacondicionaron; el palacio de los Gobernadores sufrió modificaciones con la portada de mármol de su ingreso y con la retirada de la Carcel que estaba al fondo; se había construido por franco marítimo un nuevo Teatro. La Cazada de San Luis Gonzaga recibía grandes mejoras elevándose la fachada, y una ermita que la interceptaba al fondo fue demolida; y la bella y amplia Alameda, verdadero Prado de Cortes, o el Paseo de la Concha hasta el Castillo del Príncipe, se había sumado al desarrollo urbanístico y al mejoramiento de la ciudad. (2)

En el Jardín Botánico, muy cerca de los solares de Aldama, se instalaba el Deposito de Villanueva o Paradero del Camino de Hierro, y el Paseo de Isabel II con sus fuentes, estatuas y arbolado, era otra de las grandes atracciones de La Habana. Un nuevo Mercado, el de la Concha, se levantó para abastecer los ya importantes barrios de extramuros; y la nueva Carcel, que creemos fue construida por el coronel de ingenieros don Miguel Pastor, vino a agregar otro de los mejores edificios de utilidad pública que se erigieron en ese siglo. Sus sencillas y correctas fachadas neoclásicas y la monumentalidad de la fachada principal y sobre todo su patio, aquel patio con su columnata toscana de nobles proporciones, la sitúan bien, como una etapa en la superación de las formas, antes del palacio Aldama, finalmente, las arquitectónicas Puertas del Monserrate en la Muralla fueron otro eslabón intermedio.

Y si hemos citado el proceso evolutivo de La Habana desde el 1834 hasta el 1840, es para que se vea cómo las obras de arte no se producen por azar ni esporádicamente. Se requiere que el medio esté preparado; se requieren otras obras similares anteriores con formas que se vayan depurando; se requieren técnicos de primera, y autoridades y público comprensivos, y sobre todo una sociedad culta y reinada que sepa apreciar el esfuerzo de sus arquitectos y artistas.

Todo esto concurría cuando Aldama empezó la construcción de sus casas, y aunque en la composición del edificio dispuso que lo ocuparían dos grandes residencias para dos familias, con todas sus habitaciones y locales diversos y sus entradas principales una que daba al Campo de Marte y la otra a la calzada de San Luis Gonzaga, hoy Avenida de Simón Bolívar, sin embargo, esta dificultad fue resuelta por el arquitecto de mano maestra, dándole una perfecta unificación al conjunto, utilizando elementos clásicos, pero en proporciones monumentales.

Una columnata dórica mutular que abarca dos pisos, la planta baja y el entresuelo, fue escogida para formar la fachada principal; sobre ella, un piso noble apilustrado de orden jónico, con su balaustrada superior, la terminaba. Pero el logro de este gran pórtico residió en la generosidad de su anchura o su profundidad. Los ventanales de bellas proporciones sobre los intercolumnios con sus jambas de las llamadas de repisas clásicas, interesadas por pequeñas ménsulas, le dieron bien su aspecto de composición palacial.

El dórico mutular romano más esbelto y la utilización de los vuelos de su cornisa para colocar uno de los elementos que más exige nuestro clima, la balconada, que en este caso es de hierro fundido de fino diseño (3) este detalle, sus puntales y la amplitud de los huecos, así como sus grandes patios rodeados

de galerías superiores, demuestran que el arquitecto conocía a fondo las necesidades del trópico, y que debió haber actuado en aquella Habana, que atravesaba, como dijimos antes, un período de cultura avanzada y de riqueza, el cual produjo muy valiosas obras de arquitectura, lo mismo en el interior de la ciudad, o sea en La Habana Vieja, que en extramuros y en el barrio de verano del Cerro. En este último existían las célebres quintas de los condes de Villanueva, Fernandina y Santovenia.

Con el mismo acierto de sus exteriores y empleando también la sillería se compusieron las fachadas de sus grandes patios.

La unidad que le dió el proyectista del Palacio Aldama, ejecutando toda su fachada principal en un mismo plano, sin cuerpos salientes, dejando con la pureza de los perfiles de sus elementos, que estos formasen un gran todo, para que fuese su masa o conjunto el que predominase y no tal o cual cuerpo más o menos avanzado, esta cualidad junto con las majestuosas proporciones de cada uno de los motivos escogidos hacen de este palacio una composición de primer orden que ornamenta La Habana y crea un acertado fondo en esa cuadra, a la hoy Plaza de la Fraternidad.

Pero si los exteriores son de mano maestra, la decoración interior fue hecha al igual por verdaderos artífices y se observa que las pinturas pompeyanas de los artesonados son bien de su época, pero no sólo de la época en que se vivía en Cuba, sino de lo que se hacía por entonces en Italia. Estas pinturas también las hemos visto ejecutadas en otro gran palacio neoclásico que se levantó en Trinidad, me refiero al Palacio Cantero, y prueban la presencia de decoradores extranjeros en esos tiempos en Cuba.

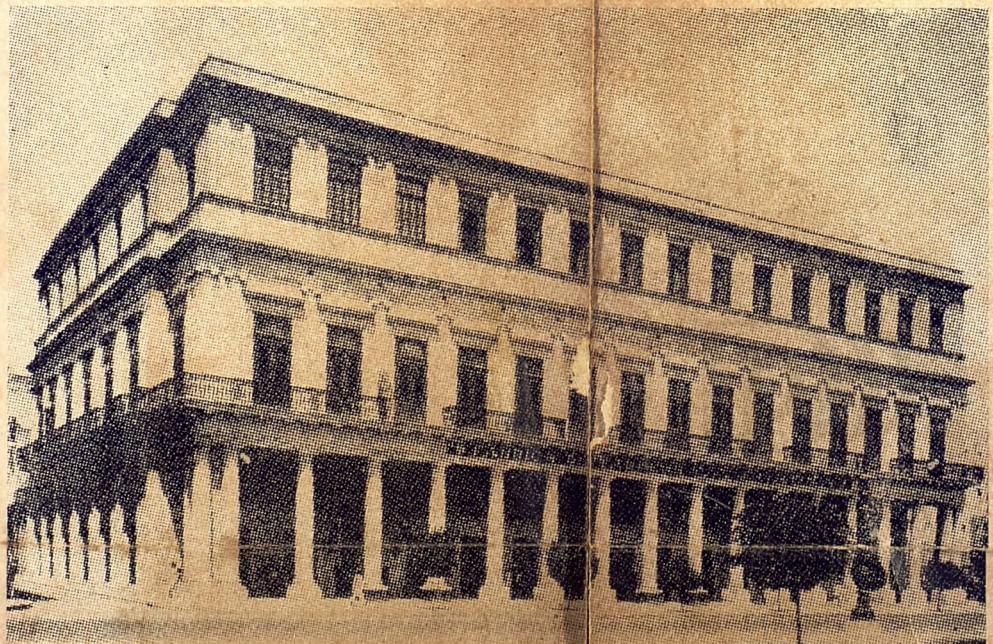
Prácticamente no existen cajas de escalera, pues éstas se encuentran en los fondos de dos galerías como era costumbre en nuestros palacios y casonas; además tienen que darle acceso al entresuelo. Estas escaleras de honor contienen también otro de los adelantos constructivos que se observaban entonces. Formadas por escalones de mármol blanco de Carrara de un bloque enterizo, con su huella y contrahuella colocados en forma especial, apoyándose unos en otros sin bóvedas que los sostengan, constituyen ellos mismos casi una atrevida bóveda plana fuertemente

empotrada en la pared, lo cual las aligera en mucho. La riqueza del material y su ajuste perfecto ofrecen por la parte inferior una superficie ininterrumpida limpia de recuadros y molduras. Las mesetas de una sola pieza de mármol contienen incrustados bellos rosetones de un fino dibujo con mármoles de colores. Esta disposición constructiva de las grandes escaleras no la hemos encontrado en ninguna otra residencia o palacio habanero.

Los balaústres de hierro y calamina, son de los llamados de candelero con dos balaústres por escalón y artísticos pilotes en los arranques; el pasamano de caoba. Los pequeños cuerpos de cisne donde se apoyan los balaústres y las finas hojas de acanto que tienen en los centros, son detalles decorativos que nos hacen clasificarlos como pertenecientes al estilo Imperio.

En las galerías de la planta alta desembarcan las escaleras; estas galerías están cubiertas con bóvedas por arista de yeso de una ejecución perfecta; todas las piezas principales comunican por ellas, los comedores igualmente son abovedados. Los salones de recibimiento y la biblioteca poseen dimensiones palaciales y sus artesonados, aunque pertenecientes al post-renacimiento, pero de estilo imperio con casetones irregulares simulados, tienen como decoración las pinturas que mencionamos en párrafos anteriores. Una gran riqueza imaginativa y una mano maestra presidió en su composición. La serie de sus artesonados y la delicadeza de los motivos escultóricos de sus frisos, bastarían para catalogarlo como una obra de arte; pero aun más: la variedad de los pisos de mármol, verdaderas joyas de composición por sus dibujos y colores, (sobre todo el formado con losas y trébol de cuatro hojas en las esquinas y el rosetón central), las bellas rejas interiores de estilo Imperio y las jambas de madera que enmarcan los huecos, todo esto reafirma nuestro criterio de que es la más valiosa obra que se levantó en La Habana durante el siglo XIX.

El edificio se hizo todo de piedra, incluyendo las divisiones interiores, y en sus partes de carpintería, herrería, así como en sus herrajes, en todos sus detalles se observa un acabado y una mano de obra de lo mejor que se hacía en su época. En los amplios patios, que recuerdan los de los palacios de Roma, fueron colocadas dos fuentes. Se calcula que estas residencias que hizo Aldama



Fachada principal del bello palacio

4

glacis de las Murallas; esta era la distancia que se exigía libre de construcciones. Las casas de Aldama quedaban a 374 varas.

(2) Al Gobierno de Tacón, cuya memoria en el orden político es execrada por los cubanos, se le cuentan las felices iniciativas del Conde de Villanueva para embellecer La Habana, y las realizaciones del Coronel de Ingenieros don Miguel Pastor. Pero sobresale tanto este último, en ese periodo, que suponemos en algo debió contribuir al logro del Palacio de Aldama. Las costumbres del 1840 nos las cuenta la Condesa de Merlín en su obra titulada "Mi Viaje a Cuba".

(3) El dibujo de las barandas de hierro fundido del balcón principal parece francés, de estilo imperio. Se colocaron otras similares en la Maestranza de Artillería, edificio neoclásico contemporáneo del Palacio Aldama y en algunas casas de la ciudad.

(4) Estudiando el levantamiento de planos y la tasación hechos en el 1875 por los peritos Pedro C. del Pandal y Francisco Valdés Rodríguez, tasación que se elevó a la cantidad de \$375.176.12 pesos para la residencia que da a la que se llamó Calzada de San Luis Gonzaga (hoy Simón Bolívar) y \$249.900.47 para la que hace frente por la calle de Amistad, con un total de \$625.070.56 para todo el edificio; nos encontramos que entre las curiosidades que albergaba este palacio, aparte del mobiliaje y obras de arte, cuadros y esculturas de maestros célebres, figuraban en la planta baja, a ambos lados de la galería una magnífica pajarera y un acuario. La primera fue tasada en \$580.00 y tenía una bella base de nogal en la cual descansaba el piso que era de mármol con una fuente de agua corriente en el centro, vistosas piezas de hierro fundido sostenían el enrejado y remataba en lo alto con una gran linterna china que contenía un farol. En cuanto al acuario estaba formado por una pieza de mármol descansando sobre dos cojines, los cuales a su vez eran sostenidos por un basamento con ménsulas y seis columnas de mármol y su cornisa del mismo material. La bella fuente que aun existe del patio principal toda de mármol con un marco de jardinería y plantas acuáticas completaba la ornamentación natural.

Los pisos de la planta baja eran de losas de San Miguel en patios y galerías, y de baldosas prensadas en los entresuelos; las caballerizas tenían un piso de ladrillo duro colocado a sardinel y las azoteas estaban enlosadas con losetas de arenisca de Bremen. Los pesebreros de las caballerizas de las dos residencias podían contener hasta quince caballos.

Los salones principales tenían una decoración pictórica con arabescos de buen gusto en las paredes y cielo rasos además de otras escenas mitológicas que llenaban los falsos casetones. Estas pinturas fueron justificadas en \$6.192.00. La lámpara de cristales del salón principal de 46 luces de las llamadas arañas fue tasada en \$1.950.00; además este salón tenía cuatro vistosas lámparas de pared de cinco luces cada una.

Otras habitaciones y locales de la planta alta estaban entapizadas con papel sobre género con vistosos motivos y colores; una de ellas además tenía diversas escenas de la vida de Isabel La Católica. Cerca de estos dormitorios estaba un baño con una bañera de caoba y un inodoro (este último se tasó en \$68.00), y debió ser poco más o menos de la fecha del plano. En la planta baja había otro baño con bañera de madera forrada de zinc y una ducha, que parece citada anexo a la Sala de Armas; finalmente una roseta o piscina ocupaba una pieza con su antecámara dando al patio.

En otros lugares estaban los excusados.

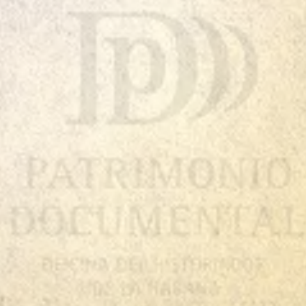
Ya en la fecha de los planos que reproducimos, la casa tenía su instalación de gas, su instalación de agua, una bomba de hierro y una máquina de vapor de 1 caballo de fuerza.

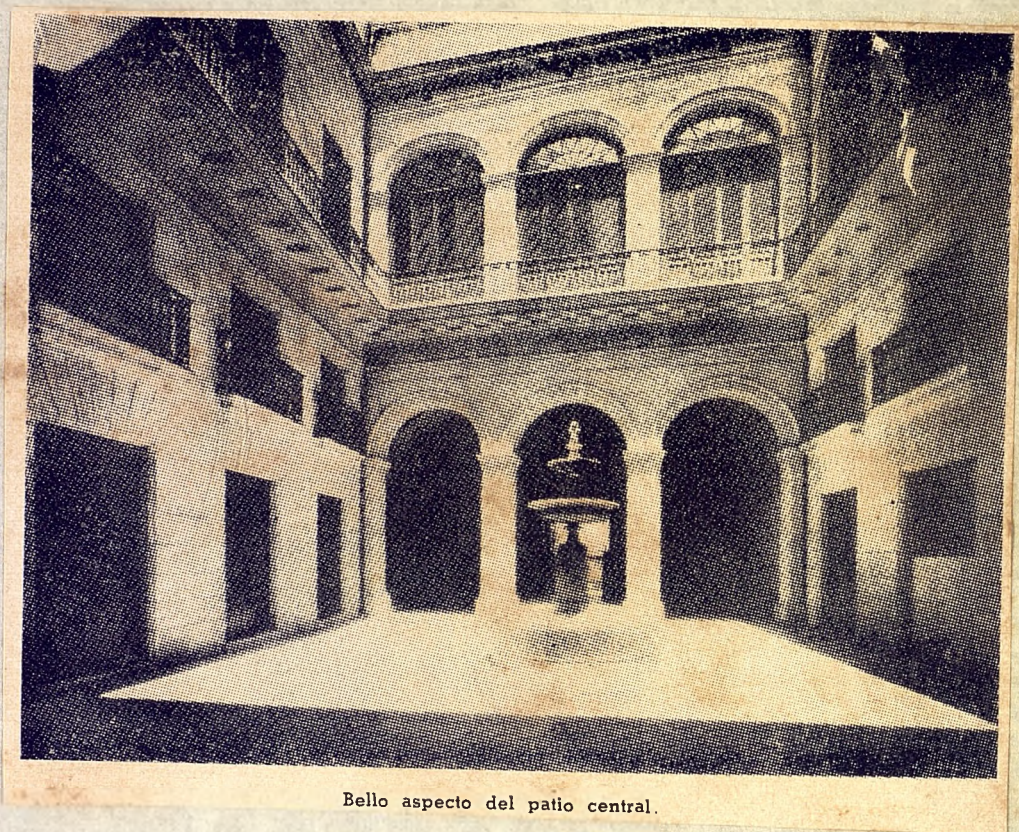
Las dos residencias se comunicaban entre sí. La cocina principal estaba instalada en el entresuelo y tenía un fogón grande semicircular con 12 hornillas, horno y depósito de carbón.

La residencia de los Aldamas o sea la que hacía frente a la Calzada de San Luis Gonzaga, tenía las habitaciones o dormitorios principales con frente al Campo de Marte, y una de éstas, con seguridad la del dueño de la casa, poseía una salida de escape oculta en un tastero que comunicaba con una pequeña escalera, la cual conducía al entresuelo y de éste, otra escalera también de madera llevaba directamente a la calle.

La otra residencia que la habitaba el humanista Don Domingo del Monte, casado con una hija de Aldama, ha conservado mejor la fineza de sus cielos rasos y la decoraciones de los muros. Las rejas interiores y la balconada de los entresuelos y piso principal del más puro estilo imperio por lo acabado de su composición y dibujo son verdaderas obras de arte.

Juan Mundo,
Feb. 1947





Bello aspecto del patio central.